

# Defensa de la

  

# Historia Militar

ED. BAUER

Teniente Coronel Suizo

Henos aquí en la era del explosivo físico, porque así es como hay que definir la carga nuclear, ya obre por fisión (A), ya por fusión (H), pues el explosivo químico se ve así destrozado, en el curso de su décimosexto siglo de aplicación castrense, por el nuevo explosivo, y también porque la técnica de la propulsión ha dotado al «misil» de alcances hasta de 10.000 kilómetros, capaces de recorrer un cuarto del meridiano terrestre en un tiempo menor de media hora.

En presencia de la evolución de estos veinte últimos años es cosa de pensar si la historia militar presenta todavía algún interés para el hombre de Estado y para el gran jefe encargado de la defensa nacional de una gran

potencia. En una palabra: ¿la táctica de los blindados durante la segunda guerra mundial contiene en su análisis y su síntesis históricas más aplicaciones prácticas, en el momento en que cogemos la pluma, que las antiguas formaciones de elefantes, tan diligente y fructuosamente estudiadas por el coronel italiano Armandi en su volumen publicado en 1843, que no ha conocido menos de cuatro ediciones hasta 1886?

En resumidas cuentas, si nos colocamos en el nivel de la guerra termónuclear generalizada, expresada en megatonnes, las enseñanzas que uno puede deducir del estudio de las campañas del pasado hasta reciente son de poco provecho, por no decir que ninguno. El sistema de las batallas de un Turenne, de un Federico el Grande, de un Napoleón Bonaparte, de un Wilson, de un Moltke, de un Joffre, de un Foch, de un Guderian, de un Rommel, de un Manstein, de un Montgomery de un Eisenhower, de un Patton, de un Yukov, de un Romel, etc., está desde ahora desprovisto de toda utilidad práctica.

Mas si conviene envolver a estos grandes capitanes en la púrpura de los dioses muertos, con mayor razón podremos dispensarnos en adelante de la lectura y la meditación de sus comentaristas, cualesquiera que sean, por lo demás, la pertinencia y la sagacidad de sus conclusiones.

En la perspectiva del tercer tercio del siglo XX las enseñanzas de Jomini, Clausewitz, Federico Engels, el coronel Foch, el contraalmirante Ma-

han, el brigadier J.E.C. Fuller o el capitán Liddell Hart, no serán de mucho más provecho para la formación del futuro estratega que la lectura de Hipócrates, de Galeno o de Guy Patin para el aspirante a médico. Y ya hasta se ha dicho que los consejeros militares del presidente Kennedy han sustituido la lectura de los autores precisados por la consulta de los cerebros electrónicos.

De cualquier modo, muchas de estas obras, por estimables que ellas sean, no tendrán para nosotros otro interés que el histórico. Llaves que nos abren las puertas que dan al pasado, pero que no desembocan en el porvenir. Ya habíamos asistido a una mutación de la misma suerte en la época en que el arma de fuego acababa la conquista del campo de batalla.

Para un monarca o un gran señor feudal de los siglos XV y XVI, la antigüedad clásica era una cosa viviente en el plano militar. La biografía novelada de Alejandro el Grande, por Quinto Curzio, o la compilación de Flavio Vegecio Renatus, titulada **De Re Militari**, no eran para ellos un simple alimento de su curiosidad intelectual, sino que les aportaban una multitud de ejemplos y de casos concretos donde buscaban la inspiración de su comportamiento en campaña.

De aquí las numerosas traducciones de historiadores romanos que encontramos en las bibliotecas reales y señoriales constituidas en su época. Es por lo que en el castillo de Neufchatel, al lado de obras piadosas y novelas de caballería, el conde Rodolfo de Ho-

chberg conservaba en los estantes de su librería el **Libro de Valerio de Grant impreso en papel, el Primer libro de la tercera década de Tito Livio en pergamino historiado y el Libro de los Romanos y de Julio César**, igualmente copiado en pergamino y ricamente ilustrado.

Tres siglos más tarde Alejandro, Aníbal, César, no son recordados por Napoleón más que a título de héroes y ejemplos de esa fuerza moral que hace los grandes capitanes. Tratándose de formar por el estudio de los principios de la estrategia, el Emperador no se remonta más que a la segunda parte del siglo XVII, a las campañas de Turena, muerto en Salzbach el 27 de julio de 1675. Y todavía no deja de hacer notar a sus oyentes de Santa Elena que la evolución es considerable desde la época de Villar, Marlborough y el príncipe Eugenio.

\* \* \*

Pero relegada, si podemos decirlo, al rango de escuela teórica o arqueológica la historia militar, es decir, la de las guerras, batallas, la estrategia y la táctica, la técnica de los armamentos y de las instituciones militares del pasado, se ve hoy amenazada en los auditorios universitarios su posición de repliegue por los mantenedores de una nueva doctrina no teórica que se califica pedantescamente del "no-acontecer" o "no acontecional".

Al decir de los apóstoles de esta nueva filosofía de la historia, los árboles no nos han dejado ver el bosque. La historia estudiada en el colegio y aun

la Universidad se limita fastidiosamente, pretenden ellos, a una enumeración cronológica de batallas y tratados de paz, así como a una aburrida nomenclatura de emperadores, reyes, generales, ministros, diplomáticos y de héroes y mártires. Con esta perspectiva raída de la historia político-militar, los investigadores y los eruditos de las generaciones precedentes habrían perdido de vista el principal objetivo de sus propósitos, a saber: la "evolución de las estructuras sociales".

Es cierto que la historia en el pasado no ha dejado de presentar su flanco a las críticas del género que se acaba de enumerar. Pero no se puede por menos de desechar la parte de sofisma que encierra el razonamiento de los propugnadores franceses y extranjeros de las "ciencias humanas", a saber: que las "estructuras sociales" de que se llenan la boca evolucionan, según ellos, en completo apartamiento en virtud de un determinismo que les sería propio, y que en la Sorbona todavía no se aventuran a llamar "materialismo histórico como en Moscú".

Ahora bien: todo prueba desde hace unos mil años que la guerra, y partiendo de las instituciones militares, han sido uno de los factores determinantes de la evolución humana y social, y que su importancia en nuestra época de ningún modo ha disminuido. Todo lo contrario.

Los pueblos de la antigüedad se han batido para procurarse la mano de obra servil necesaria a sus construcciones gigantes. En la Edad Media la historia explica por qué numerosos

pueblos tan vecinos en el mapa y de parecida estructura social no están ligados por el mismo contexto histórico. Paralelamente la necesidad de la defensa nacional en la época de las guerras de los Cien Años han modelado las instituciones monárquicas en la Francia medieval.

\*\*\*

Mas lo que es verdadero en el siglo XVI lo es todavía más en la época contemporánea. En 1040, anexionándose la Alsacia, la monarquía francesa accedió convencionalmente a las obligaciones contraídas anteriormente por el Imperio alemán en favor de los súbditos transferidos a la soberanía del rey muy cristiano. Y de hecho mantuvieron su palabra a tal extremo que la tolerancia religiosa cubrió el Rin y los Vosgos, mientras Luis XIV perseguía a los protestantes en las otras provincias de su reino. En 1811 los anexionados de Alsacia y de Lorena fueron autorizados a optar entre Francia y Alemania, y los optantes franceses para dejar el país, y es de notar que a estos el vencedor no les puso un gran obstáculo para que transfirieran sus bienes al territorio de la Tercera República.

No van las cosas así en nuestra época de guerra totalitaria y de carácter ideológico. La supervivencia o la exterminación de unos 200.000 israelitas franceses que murieron en los campos de concentración ha dependido en definitiva de un cierto número de acontecimientos militares que desde el 10 de mayo al 21 de junio de 1940 han

acontecido en los campos de batalla del Mosa, del Somme y del Aisme. No perdemos tampoco de vista las consecuencias, todavía desconocidas, de la derrota: millones de individuos expulsados de sus hogares en el plazo de una hora y con 30 kilogramos de bagaje.

En 1945 la derrota militar del Tercer Reich ha conducido a 17 millones de alemanes de las zonas soviéticas a sufrir la dictadura del partido titulado Marxista-leninista, y también ha determinado de manera preponderante la "evolución de las estructuras sociales" en los países satélites.

Negar, pues, la importancia del factor militar en la historia de la Humanidad es desconocer todo un aspecto de su evolución recogiendo solamente sus defectos negativos. Y la investigación histórica debe también tomar nota de todos los enriquecimientos técnicos y materiales que las múltiples necesidades de la guerra han aportado a los pueblos occidentales, por lo menos la aceleración de la investigación industrial y la vulgarización de sus invenciones.

Tal es la contribución al conocimiento de la Humanidad de este humilde historia-batallas tan denigrada por ciertos "pensadores" que no son más que gentes aturdidas, por no decir otra cosa. Y con todo, el acontecimiento en aquella perspectiva en ciertos límites es también la revelación de las personalidades. Sin embargo, el historiador no debe contentarse con enfocar su proyector hacia los grandes tenebres de la estrategia y de la táctica.

Napoleón en Ulm, Nelson en Trafalgar, Moltke el Viejo en Sadowa, Togo en Tsonshima y Joffre en el Marne. La contribución de los vencidos a la gloria de los vencedores no es menos importante, y Mack, Villeneuve, Benedeck, Rojestvensky y Moltke el Joven tienen ellos también muchos secretos que revelarnos.

La historia militar será, pues, personalista, sin desdeñar, como es de razón, esa personalidad colectiva, tan atractiva y cambiante que se llama el soldado raso. Pero también será probabilista, es decir, reconocerá que, dentro de ciertos límites de número, de organización y de armamento, el desenlace de tal o cual campaña es aleatorio a la manera de un juego de ajedrez, o mejor de una partida de **bridge**. Por toda suerte de razones su sagrada majestad el Azar, como decía el gran Federico, continúa interfiriendo las combinaciones de guerra, aunque no sea más que porque las combinaciones genéticas, dando nacimiento a una Juana de Arco, a un Napoleón, a un Roberto E. Lee o a un Adolfo Hitler, son y permanecen imprevisibles y hasta ahora, al menos, no se dejan determinar.

Henos aquí en la oposición de la doctrina determinista y antipersonalista que se enseña en los bancos de la escuela histórica "no-acontecimental". Y todavía tiene uno que preguntarse si sus teorías y sus métodos están acordes con las concepciones que de este lado del telón de acero nos hacemos nosotros de una ciencia libre basada en la observación, sin perjui-

cio de los hechos, la utilización de los documentos sin idea preconcebida y rechazando todo partidismo.

Por lo demás, hacemos notar al lector la sorprendente convergencia que existe entre la mencionada historia revisada en sentido antipersonalista y la que desde la muerte y desgracia póstuma de José V. Stalin, profesan en Moscú los grandes sacerdotes de la teología marxista-leninista.

\* \* \*

Volvamos un momento a nuestro punto de partida. Es claro que si la guerra de mañana debiera consistir pura y simplemente en el simple cambio de "misiles" megatónicos, el estudio de las guerras del pasado no presentaría ningún interés para el soldado, y en esta hipótesis tampoco los procedimientos tácticos más modernos y los materiales más perfeccionados merecerían más curiosidad que la falange macedónica y la pica de 18 pies con que se armaban los suizos de Morat y de Marignan.

Pero no es aquella la única hipótesis que hay que considerar, y en el estado actual de la técnica de la disuasión se puede admitir que es la menor probable. Cada uno de los dos gigantes en presencia puede seguramente reducir a polvo y cenizas las ciudades de su rival y asesinar a 75 millones de habitantes en el espacio de media hora; pero cada uno de ellos sabe también que la represalia está presente y que es perfectamente incapaz de

eludirla, en cuyo caso no habría ni vencedores ni vencidos, sino dos víctimas solamente, lo que no es el objeto del combate.

Con estas razones volvemos a concepciones más clásicas de la guerra con o sin intervención del proyectil atómico, ya sea bajo la forma de "misiles", de proyectiles o de bombas de aviación. Vayamos aún un poco más lejos en nuestras previsiones y hagamos notar que, en lo que concierne a la doctrina de guerra atlántica, la administración demócrata acaba de derribar la interpretación que se daba precedentemente en la terminología occidental a las palabras lanza y escudo.

La lanza era precedentemente la potencia atómica que provocaba la derrota del adversario, en tanto que no se pedía a las fuerzas clásicas, denominadas escudo, más que asignar una misión de cobertura destinada a impedir al enemigo escapar hacia adelante. Hoy, sin embargo, en contraposición, por orden del presidente Kennedy, es a las armas convencionales a las que corresponde el papel de la lanza bajo la protección del escudo constituido por las fuerzas nucleares, es decir, que en caso de conflicto, éstas se atenderían provisionalmente a la acción disuasoria que ejercen hoy.

Empeñadas en estas condiciones, las fuerzas convencionales de la coalición atlántica ¿pueden contar con seguridad con el potente apoyo del arma atómica táctica? Ninguna garantía se les ha proporcionado a este respecto y, evidentemente, los americanos temen el

efecto de espiral ascendente que al cabo de algunos días de conflicto conducirá del proyectil de medio kilotón al »misil« intercontinental de 10 y hasta 50 megatonnes.

En estas condiciones, hay lugar a pensar que un conflicto Este-Oeste podría muy bien tomar la forma de un conflicto clásico integrado, bien entendido todos los progresos técnicos alcanzados en el armamento, transmisiones y transportes desde el final de la última guerra. Pero, entonces, está claro que el estudio histórico de la estrategia y de la táctica debe ser aconsejado en todos los escalones de la enseñanza militar.

\* \* \*

Sabemos bien que se ha reprochado a la Escuela de Guerra francesa haberse quedado entre 1930 y 1939 en retraso de una guerra y de haber formado al ejército francés en los métodos de la guerra de Crimea. Nos abstendremos de tomar partido en esta cuestión, pues si esta acusación ha sido formulada por el señor Todo-el-mundo al día siguiente de la catástrofe de mayo-junio de 1940, la verdad es que el proceso de la doctrina militar francesa durante la entreguerra no ha sido jamás instruido con imparcialidad y competencia en estos veintitrés últimos años.

En cambio, hay lugar a hacer notar que en el campo adversario el estudio objetivo de las experiencias de la primera guerra mundial condujo a la edi-

ficación de una organización militar que, si desde 1 de septiembre de 1939 al 4 de diciembre de 1941 se ha demostrado adaptable a todas las eventualidades que se puedan presentar, tanto en la llanura como en montaña, en la nieve de Noruega como en las arenas de Africa. Que se le hayan impuesto en la directiva «Barbarossa» del 18 de diciembre de 1940 misiones desproporcionadas con sus posibilidades, la cosa no introduce ninguna duda, pues de esta equivocación el culpable es el que utiliza el instrumento, no los que lo han concebido, construido y afilado.

De donde podemos concluir que hoy todavía es útil aprovecharse de la historia militar. Pero, bien entendido, a condición de que ha de satisfacer un cierto número de condiciones fundamentales, fuera de las cuales será más perniciosa que útil. Primeramente ha de ser rigurosamente objetiva. Su fin ha de consistir en un justo encadenamiento de los hechos y no en aportar la demostración más o menos falseada de una teoría preconcebida. El historiador que, como los redactores de la «Gran guerra patriótica», aceptan recibir de un comité central de partido la orden de demostrar «el carácter progresista del arte militar soviético y su incontestable superioridad sobre el arte militar de los ejércitos burgueses», ese historiador es tal vez un hábil cortesano, pero no un historiador, y dudamos de que haga una obra útil y saludable.

Por otra parte, la historia debe hacer una justa separación entre lo



asencial, lo accidental y lo particular. La sorpresa es uno de los principios más inmutables de la guerra desde el caballo de Troya, y todos los grandes capitanes se han esforzado en aprovecharla para su campo. Los procedimientos que han utilizado a este efecto varían del uno al otro, pero no son estos procedimientos los que verdaderamente constituyen lo esencial.

El historiador militar debe tratar de colocarse en la situación y el ambiente del momento. Le conviene, pues, hacer abstracción de lo que crea conocer para juzgar de tal o cual decisión tomada en un campo o en el otro, porque estos elementos no son de los que podemos hacer suposiciones en detalle en el presente, sino las informaciones de aquel día, siempre parciales y a menudo erróneas. Se ha discutido largamente si los carros aliados eran más o menos numerosos que los carros alemanes el 10 de mayo de 1940. Vana discusión, porque la base de apreciación del alto mando francés reposaba sobre 11 divisiones blindadas a 488 carros, mientras que Hitler tendría 10 nutridas con menos de 3.000 ingenios.

Esta información errónea presenta como más temeraria todavía la maniobra del generalísimo francés, porque una información de buena fuente anunciaba la riada alemana desde el 22 de marzo de 1940 sobre el eje Sedán-Abbeville. Bien entendido que otros informes llegados a la mesa del general Gamelin decían lo contrario. Eso no impedía que la hipótesis Ardennes de-

biera haber sido considerada tomando las medidas para afrontarla.

«No se juega al naípe con un corazón bondadoso», decía Charles Maurois, es decir, que el historiador militar no es un moralista. Juez de los envites que se han jugado, debe desentenderse de toda simpatía o antipatía. Tanto más cuanto que para el hombre de fila de los dos bandos la causa que pone un fusil en sus manos es siempre una causa justa. Sólo a niveles muy superiores de la jerarquía político-militar se puede hablar de responsabilidades, culpabilidad o complicidad.

En fin, la sinceridad del historiador debe ser absoluta, por desagradable que puedan ser ciertos inventarios y ciertas conclusiones. Callándose los desfallecimientos intelectuales del mando y morales de las tropas, se corre el riesgo de verlos reproducirse en la ocasión más próxima. Pero también hay que restablecer el ambiente y las circunstancias, porque si algunas tropas se han desbandado bajo las bombas de los «Stukas», también esas tropas se encontraban desprovistas de los medios de evitarlas. En cuyo caso la responsabilidad del pánico hay que buscarla en sitio distinto que en las filas.

Si esto es así, todavía será necesario, más que en el pasado, en que la evolución se hacía lentamente, ser capaz de apreciar las características de los materiales en acción de cada parte. No hay que limitarse a contar los carros y los aviones; hacen falta ser capaz de contar «las performances», por-

que no estamos en la época de Napoleón, en que el fusil de chispa y el cañón de bronce, tirando sus esféricos proyectiles de bronce, eran equivalentes en todos los ejércitos, y de añadidura no conocieron progreso alguno entre Valeny y Waterloo.

\* \* \*

El estudio de la historia militar es útil y hasta necesario a la formación de los jefes de orden superior; no es ella, sin embargo —aunque esto disguste a los historiadores—, sino el destino el que los hace surgir un poco al azar. Queda, no obstante, que el temperamento de este hombre predestinado no se descuide en la meditación de los grandes ejemplos del pasado, sino que estos mismos trasciendan en su persona de grado en grado y de mando en mando.

Esta meditación de la historia militar no debe ser ni diletantesca ni desordenada como fue la de Adolfo Hitler; para ser aprovechable, tal estudio debe ser sistemático e inscrito en un programa.

En tal caso su beneficio es evidente, como entendió felizmente el general prusiano Willisen, que sucedió a Clausewitz en la enseñanza en la Academia de Guerra de Berlín cuando escribía para sus alumnos: «Entre el conocimiento y la posibilidad hay siempre un salto; pero este salto lo ha de dar el conocimiento y no la ignorancia».

El hombre todo acción que era el mariscal Foch, estampando este principio en cabeza de su **Principios de la guerra**, nos parece haber decidido la cuestión de manera definitiva.

(Tomado de la Revista "Ejército", de España — de la Publicación «Revue Militaire Suisse»).

---

*La Patria, después de Dios, tiene derecho a que el alma, el talento y la razón le consagren las mejores facultades, decía Cicerón.*

*La Patria es una abstracción que no tiene más realidad que la suma de las abnegaciones. La Patria no existe sin el amor de sus hijos. La Patria, como Dios, está siempre delante y siempre con nosotros, exclamaba Antonio Maura.*

*Nosotros somos los que hacemos la Patria. Los familiares son los que hacen la familia. Y así como no hay familia buena si los miembros son malos, igualmente no puede ser nuestra Patria grande si sus hijos son pequeños.*